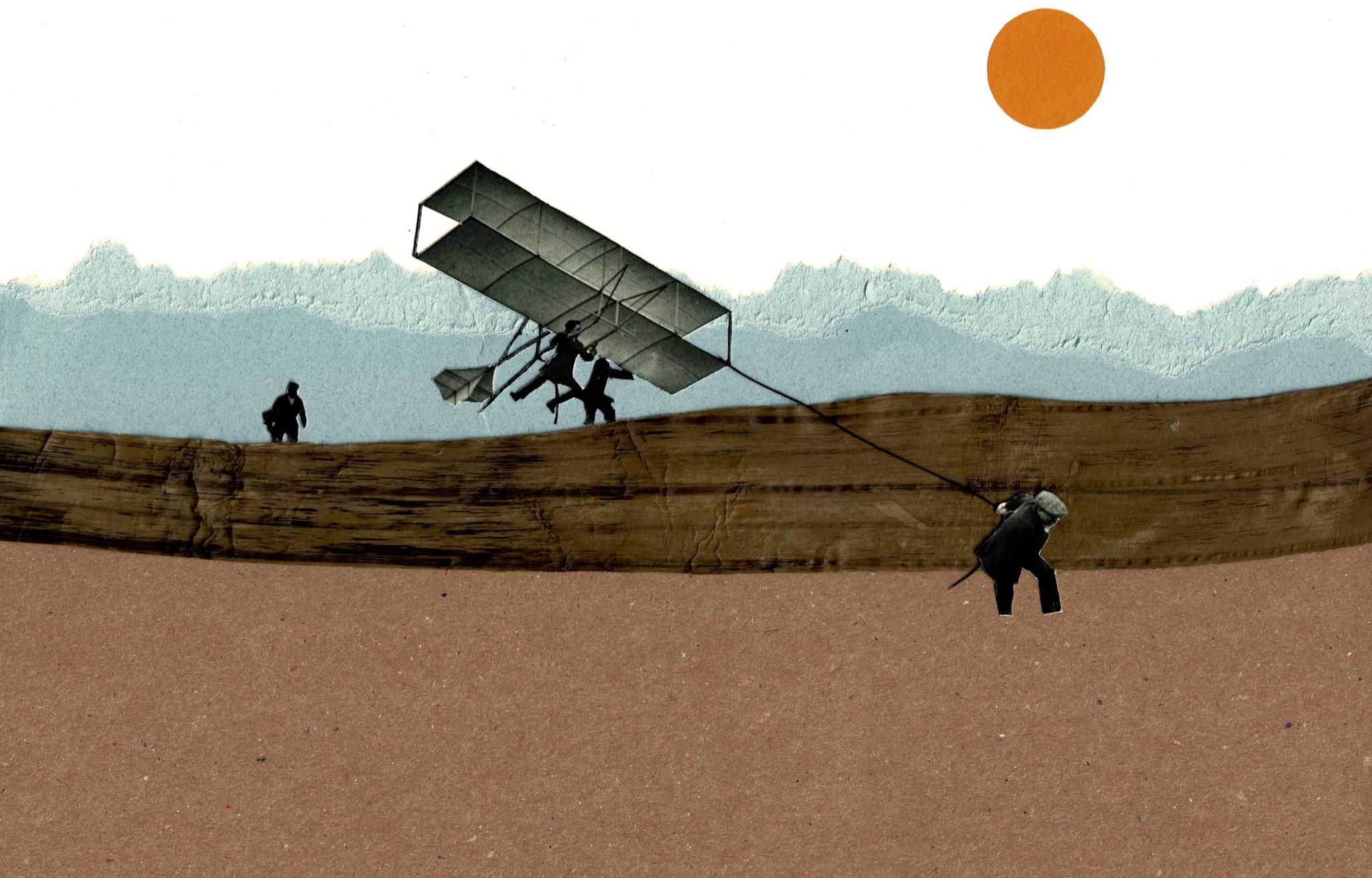


Atarraya

Revista



Nuestras Historias

Número 28, octubre-diciembre de 2025

Imagen de portada

Horizonte

Raquel Peña Carrillo, DR ©

Collage

Madrid, España. 11 del febrero de 2021

Parte de la colección *Frebrullage* '21

ATARRAYA. Nuestras historias, es una publicación trimestral editada por Atarraya. Historia Política y Social Iberoamericana, con domicilio virtual en: <https://atarrayahistoria.com> y <https://blogatarraya.com>, y correo electrónico: atarraya3@gmail.com. Editoras responsables: Alicia Salmerón, Fausta Gantús y Florencia Gutiérrez. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2024-110711481000-203 y 04-2025-011611354200-102; otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. ISSN: en trámite DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.18418108>

Todas las obras visuales y escritas que se incluyen en este número fueron publicadas originalmente en el Blog Atarraya, en el periodo que aquí se consigna, con la debida autorización de sus creadoras/creadores, autoras/es y se recuperan en este formato para su preservación, con fines divulgativos y sin afán de lucro.

Todas las obras visuales son reproducciones digitales de creaciones originales proporcionadas por sus creadoras/creadores para su publicación por parte de Atarraya, con pretensiones divulgativas y sin fines de lucro. Todos los derechos de autoría y reproducción pertenecen a las y los artistas.

Todas las obras escritas fueron sometidas a dictamen. El contenido de las colaboraciones es responsabilidad de las/los autoras/es que las suscriben, quienes dan fe de ser originales y propias y que han autorizado su publicación con fines divulgativos y sin afán de lucro. Todos los derechos de autoría y reproducción pertenecen a las y los autoras/es.

Coordinación general

Fausta Gantús, Florencia Gutiérrez y Alicia Salmerón

Equipo Editorial

Kenia Aubry Ortegón, Francisco Javier Delgado, Matilde Souto Mantecón, Mariana Terán Fuentes, Valentina Tovar y Fábio da Silva Sousa

Apoyo editorial

Ana María Rojas

Comunicación y envío de colaboraciones:

atarraya3@gmail.com

Presentación

La revista y el blog **Atarraya** constituyen espacios de diálogo y de divulgación de temas históricos y busca tender puentes y acercarse a otras disciplinas y formas de expresión de la cultura y el arte. Interesa hacerlo desde diversos ángulos y perspectivas, y a partir de una línea de comunicación directa entre investigadoras/es, profesoras/es, estudiantes y lectoras/es en general, reunidas/os por el común interés en saber más de historia y de otros asuntos. Este emprendimiento forma parte del proyecto que desde hace años aglutina a un nutrido grupo de investigadoras/es de diversas instituciones de México y de otros países: **Atarraya. Historia política y social iberoamericana**.



Contenido del número

Perífrasis, 7

Dreche: una receta contra el escorbuto en un mundo global, 9
por María Paula **Corredor Acosta**

De un continente deshabitado a un territorio documentado, 11
por Andrea **Torrebalba**

Efemérides, mitos y usos de la política, 14
por María Pía **Martín**

Consumo, ferias francas y abaratamiento de la vida en Buenos Aires (1910-1930), 16
por Erica **Cubilla**

Las viudas del ferrocarril (1917-1937), 19
por César **Cruz A.**

“El problema de las criadas”. Las trabajadoras del hogar en la caricatura..., 21
por Daniela **Lechuga Herrero**

La Comunidad Musulmana Ahmadía: orígenes y evolución, 25
por Carlos Ariel **Díaz Abad**

Portada, Raquel **Peña Carrillo**, Horizonte
27, Luz María **Zárate**, Autorretrato 1 y 2

28, Arturo **Souto**, Develar

Contraportada, Fernando I. **Salmerón Castro**, Ligularia

Sección especial

Políticos de impronta: perfiles de México en el siglo XIX

Coordina: Alicia Salmerón

29

Mariano Arista: militar controvertido, presidente solitario, hombre ilustre
por Edwin **Alcántara**

30

Benito Juárez: la construcción histórica de un símbolo nacional
por Tatiana **Pérez Ramírez**

33

Juan N. Méndez: desde Tetela a la presidencia de la república
por Israel **Arroyo**

36

Rosendo Pineda, en los entresijos del poder porfirista
por Alicia **Salmerón**

39

Perífrasis

A finales de 2019, después de mucho tiempo de planearlo y de casi dos años de buscar rutas para concretarlo, iniciamos la publicación del *Blog Atarraya. Nuestras historias* (blogatarraya.com). Lo hicimos con timidez y desde nuestro escaso conocimiento de las prácticas de edición y del casi absoluto desconocimiento del mundo virtual y de las plataformas para publicación.

Nos movía, como hasta ahora, el afán de contribuir a que la labor que realizamos en el ámbito de la academia trascienda el espacio institucional y se divulgue entre sectores amplios de población. Nos importaban, especialmente, los grupos jóvenes, por lo cual nos decidimos por el formato breve, que lograra mantener la atención de quien lee el tiempo suficiente para transmitir una idea o un conocimiento. Optamos por el lenguaje no especializado y la renuncia al aparato crítico, pero no al rigor y la calidad propia de la disciplina histórica. También aspirábamos a que “Nuestras historias” incluyeran las narrativas de otras disciplinas y ciencias y que abarcara, igualmente, las “historias” visuales y recuperara las contadas en las páginas de los libros.

Con el correr de los meses fuimos, más que dándole, aprendiendo la forma del *Blog Atarraya*: periodicidad, secciones, procedimientos, circulación y mucho más que no tiene sentido enumerar aquí. A lo largo de estos poco más de cinco años, el *Blog* creció y se consolidó, consideramos, como un referente de la difusión-divulgación de la historia en México y en Argentina, principal, aunque no únicamente. Las publicaciones se multiplicaron.

Las plataformas digitales y las publicaciones a través de ellas tienen un rasgo/riesgo: la inminente desaparición; porque en la virtualidad todo está pero todo, algún día, desaparece. Ello nos motivó a buscar alternativas para la conservación de las colaboraciones y decidimos crear la *Revista Atarraya*, en versión digital con opción descargable, en formatos pdf y ePub, alojada, a su vez, en la página de Atarraya. Historia política y social iberoamericana (atarrayahistoria.com). Mantenemos el principio de gratuidad de la publicación y el carácter autogestivo de su producción. Para alcanzar los objetivos la labor en equipo ha sido fundamental; en cada número de la *Revista Atarraya* están los nombres de quienes han/hemos vivido la aventura y hecho posible esta empresa y que en ocasiones se pierden en la maraña de cambios y actualizaciones del mundo cibernético.

Durante el 2025 nos dedicamos a recoger todo lo publicado, desde los primeros pasos hasta la fecha. La tarea fue ardua, pero el resultado la ha valido: un prospecto y 28

números que comprenden de noviembre de 2019 a diciembre de 2025 y que, quien lo desee, podrá descargar y guardar.

La realización del *Blog* y la *Revista Atarraya* han supuesto una etapa de experimentación y de aprendizaje muy enriquecedor en más de un sentido que hemos atravesado juntas Alicia Salmerón, Florencia Gutiérrez y quien esto suscribe. Convencidas también de la importancia de formar equipo, integrado por grupos etarios diversos, y procurar el relevo generacional, con la entrega de este número termina mi etapa como editora responsable de ambos soportes e inicia una nueva, a la que las personas responsables imprimirán su estilo.

De eso se trata Atarraya, de trabajar en unidad, de crear en libertad, de fomentar la calidad y formar comunidad.

Fausta Gantús

Diciembre de 2025



Dreche: una receta contra el escorbuto en un mundo global

por María Paula Corredor Acosta

¿Podría una receta cambiar el destino del mundo conocido? En el siglo XVIII, la preparación de un alimento naval podría cambiar el curso de los imperios...

Era 1789 y el comandante de la expedición española al Pacífico, Alejandro Malaspina, comisionó a Claudio Chambovet para preparar una receta de cebada fermentada.

Después de todo, el viaje que estaba por realizar tardaría al menos tres años y necesitaba un alimento que le permitiera combatir la peor de las enfermedades de los marinos: el escorbuto. Aquel que la contagiaba quedaba a merced de terribles hemorragias, la caída de los dientes, anemia, y, finalmente, si no se alcanzaba tratamiento, en varios semanas provocaba la muerte. Esta temible enfermedad podía atacar las tripulaciones de barcos enteros y detener expediciones al otro lado del mundo. En un momento como este, la llamada era de las revoluciones, la exploración del Pacífico era crucial para los imperios, pues el intercambio con China y las especias del sudeste asiático hacían parte fundamental del comercio transatlántico. Eran momentos de tensión, de una carrera por la exploración del océano, por establecer rutas más agiles para el intercambio de mercancías.

Las instrucciones para esta receta llegaron a Malaspina de parte de un oficial de la armada española a quien un amigo suyo, a su vez, le había comunicado por sus viajes en la tripulación de James Cook. La receta de cebada, llamada *dreche*, parecía haber surtido efecto cuando Cook realizó sus viajes al Pacífico. Y, sin embargo, parecía que

Cook no había sido su inventor, sino que la receta parecía provenir de Francia. Anotaba el marino anónimo que, además, otras tripulaciones en Dinamarca, Suecia, Alemania y Rusia consumían “surcruit” (chucrut) lo que les ayudaba contra el escorbuto.

Aunque la receta de dreche pudiera parecer una simple anotación en la vasta documentación de la expedición, estos apuntes nos permiten hacer visible una red de información transimperial entre los marineros. Es el boca-en-boca, la transmisión oral, la que permitiría este intercambio de información por canales que dejaban poco o ningún rastro. La oralidad en contextos globales, como lo mencionaba Cristina Soriano, permitía la circulación de ideas y conocimientos técnicos, políticos y religiosos.

Además, la receta del dreche nos permite considerar la vinculación de la ciencia con la navegación. Las recetas contra el escorbuto ya circulaban desde el siglo XVI en América y Europa. Distintas soluciones al escorbuto aparecieron en tratados médicos como el de Agustín Farfán en 1579 siendo los cítricos centrales para curar la enfermedad. En el siglo XVIII, doctores como Anthony Addington, David Machrile y Nathaniel Hulme también propusieron diversos remedios antiescorbúticos. Y, sin embargo, la información no llegó de los tratados científicos a los navegantes por canales escritos sino orales, siendo la práctica más fiable que la teoría.

La receta del dreche parecía ser un intento desesperado para enfrentar al escorbuto en las largas expediciones. Entre esas redes de información, las formales y las informales, obtener todos los posibles elementos para evitar el escorbuto – dreche, surcruit- parecía ser crucial para mantener la marinería. En un momento en que el mundo estaba a punto de cambiar para los imperios europeos, la exploración, el dominio de territorios, personas y mercancías, dependía de la información de una receta. Y, sin embargo, esta pareció nunca fabricarse para Malaspina. ¿Habría encontrado otro método para mantener a sus marineros a salvo? ¿Habría incorporado otras recetas contra el escorbuto? No lo sabemos, lo único cierto es que una receta de cebada fermentada nos habla de mundos globalizados, de canales informales de información, y de aspiraciones de expansión imperial en las que España fracasó.



De un continente deshabitado a un territorio documentado

por Andrea Torrealba

La Antártida, ese vasto continente cubierto de hielo, siempre ha sido un enigma. Durante siglos existió más como una hipótesis que como una realidad explorada. Sin embargo, en un giro fascinante de la historia, este continente deshabitado se convirtió en un escenario crucial para las ambiciones imperiales europeas a fines del siglo XIX y principios del XX, no por sus recursos o su gente, sino por el impulso de la ciencia misma.

Solemos pensar en el imperialismo como una búsqueda de mercados, mano de obra o recursos naturales, pero en el caso de la Antártida estas motivaciones tradicionales no encajan. Y es que no había poblaciones que explotar, ni materias primas obvias que extraer, (el agua dulce no era aún un recurso tan codiciado). Esta paradoja nos invita a una comprensión más profunda del imperialismo, una que va más allá de lo puramente económico o político.

En un momento en que gran parte del mundo ya había sido “descubierto”, la Antártida representaba la última frontera geográfica. Explorarla y documentarla se transformó en un símbolo de progreso y superioridad, una forma de demostrar al mundo y a sus propias poblaciones la grandeza y la capacidad de las potencias occidentales.

Desde la antigua creencia griega en la *Terra Australis Incognita* (una tierra austral desconocida que equilibraría las tierras del norte), la Antártida fue durante milenios más un concepto teórico que un lugar real. Incluso cuando James Cook la bordeó en 1772 la descartó como inhabitable y sin valor económico. La presencia humana inicial se limitó a la caza de ballenas en sus aguas circundantes, sin un interés real en la tierra.

Sin embargo, un evento en 1895 marcó un antes y un después: el Sexto Congreso Internacional de Geografía en Londres. Allí se declaró que la exploración de las regiones antárticas era “el reto más grande de exploración geográfica” que quedaba.

Este pronunciamiento impulsó a diversas naciones a lanzar expediciones: de un espacio en blanco en el mapa pasó a ser un campo de acción para la competencia científica.



Las fuentes de la época revelan esta dinámica. La Real Sociedad de Geografía, la autoridad científica en la materia, dictaminó qué exploraciones eran válidas y cuáles no. Así se dio inicio a la llamada era heroica de la exploración antártica, a principios del siglo XX. La famosa carrera por el Polo Sur entre el noruego Roald Amundsen y el inglés Robert Falcon Scott es el ejemplo más claro. La ciencia no solo justificaba las expediciones, sino que también definía su valor. Cuando Amundsen regresó habiendo conquistado el Polo Sur, pero con una investigación científica menos exhaustiva que la de Scott, el presidente de la Sociedad, Clements Markham, desestimó su logro como una “pura carrera” en lugar de una “verdadera exploración”.

La prensa del momento también jugó un papel crucial en moldear esta percepción. Periódicos como el *Times* exaltaban los viajes al Polo Sur no solo por la valentía, sino por la “adquisición de conocimiento sobre historia natural, geología, geografía, pero sobre todo hacia el esclarecimiento del gran misterio del magnetismo terrestre”. De este modo, la ciencia elevó estas expediciones a un estatus de logro imperial y nacional.

En esencia, la Antártida se transformó en la mente occidental de una simple masa de tierra hipotética, a un vasto laboratorio natural y, finalmente, a un símbolo de la competencia científica entre potencias europeas. La búsqueda del conocimiento científico y su vínculo con el poder imperial justificaron la conquista de un continente inhóspito para resignificarlo como parte del imaginario imperialista de la época.



Efemérides, mitos y usos de la política

por María Pía Martín

La ciudad de Rosario, situada en la provincia de Santa Fe -República Argentina- no es ciudad capital pero, desde mediados del siglo XIX, ha sido un núcleo articulador de la economía regional en el sur provincial. En el siguiente siglo se afirmó como un importante centro comercial, financiero, cultural, educativo y de peso político. No obstante, sus orígenes no van más allá del tránsito entre los siglos XVII y XVIII. Ubicada a orillas del río Paraná, surgió del desplazamiento de población en procura de tierras, ganado y, más tarde, de la agricultura y el comercio. Las primeras crónicas narran un origen de connotaciones religiosas, a la vez que señalan la creación de un curato hacia 1730-1731, ante la presencia de una capilla y una aldea modesta. Recién a fines del siglo XIX se inició un proceso modernizador que no se detendría. Centrada ahora en su rol de ciudad-puerto, Rosario fue exportadora de cereales y receptora de extranjeros, muchos italianos y españoles, más otros grupos de diverso origen, sumado a los migrantes internos.

La falta de una fecha de fundación precisa se volvió un problema para las élites rosarinas. Si desde temprano Rosario fue *una promesa*, al despuntar el siglo XX, dado su rápido progreso, su cosmopolitismo y sus actividades financieras y portuarias, se volvió *una promesa cumplida*. Su clase dirigente quería darse a conocer y mostrar los logros de una ciudad “hija de su propio esfuerzo”. Resultado de un capitalismo voraz, Rosario fue también “la Barcelona argentina”, debido a la presencia anarquista, la cual ensombrecía la imagen que se quería crear. Hacia 1900, se hizo visible un importante cambio en la sociedad, se impuso una cultura laicista, influida por ideologías que se apartaban de las explicaciones fundacionales sostenidas en la religiosidad de sus habitantes y en la devoción a la Virgen del Rosario, patrona de la ciudad desde 1823.

El desarrollo cultural, científico e intelectual dio otra fisonomía a la ciudad.

En 1925, tras un largo debate entre destacados intelectuales, sus élites quisieron celebrar la grandeza de una comunidad carente de precisiones sobre su fundación.

Aunque Rosario fue erigida ciudad en 1852, no fue esa la fecha escogida. La coyuntura política indicaba que debía ser ese mismo año, 1925, se recurrió entonces a las crónicas antiguas, que mencionaban 1725, en base a referencias imprecisas sobre un personaje de existencia dudosa, un grupo de indígenas y criollos, y el culto de la

Virgen del Rosario. La fecha era útil a los fines políticos, lo que permitió zanjar diferencias. Por el momento, ya no se enfrentaban las dos representaciones de la ciudad, una de progreso, moderna y cosmopolita; y otra igualmente próspera, pero religiosa. A su vez, salvo excepciones, las voces de sus intelectuales destacaban su carácter blanco, de origen europeo, subestimando la presencia de la población autóctona, fuera criolla o indígena. La fecha escogida fue quizás la más débil, 4 de octubre de 1925, pero el tiempo apremiaba y los meses que faltaban permitirían prepararse para el gran evento.

Hoy, un siglo después, el municipio retoma aquella fecha para conmemorar los 300 años de su fundación y recupera aquella idea de celebrar los logros en una ciudad muy distinta. Un centro urbano grande y próspero, pero fragmentado, atrapado en una complicada trama económica y social que lo sobrepasa, donde la postergación y la violencia son moneda corriente. Mientras, se discute una reforma de la constitución provincial que plantea la autonomía municipal, al tiempo que surgen demandas de la población indígena, afrodescendiente y migrante, alzando sus voces con el legítimo reclamo de participar de la reforma en curso.



Consumo, ferias francas y abaratamiento de la vida en Buenos Aires (1910-1930)

por Erica Cubilla

En 1911, el *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* (DNT) de la República Argentina, publicó un informe titulado “Abaratamiento de los artículos de consumo”:

El 15 de enero del corriente año, la municipalidad de la Capital inauguró la primera feria franca de concurrencia absolutamente libre para todos los productores de artículos de consumo. Con posterioridad, se establecieron diversas ferias francas en diversos puntos del municipio, teniendo especialmente en cuenta aquellos parajes en que la población obrera es mayor y más compacta. (...) Como objeto principal, buscan acercar al productor al comprador, suprimiendo los intermediarios que, como se sabe, encarecen el costo del artículo de consumo ...



Figura 1: “El célebre Vivillo, que ahora vende embutidos españoles en la feria de Flores”, *Caras y Caretas*, 8-11-1913, N° 788, p. 68.

El informe del DNT ilustra, en un contexto de encarecimiento de los productos de primera necesidad, el impulso del consumo urbano a partir de la creación de circuitos barriales de ferias francas en la ciudad de Buenos Aires entre 1910 y 1930. La ciudad creció de 1.231.698 a 2.415.142 habitantes entre el censo municipal de 1909 y el de

1936, respectivamente. Esta población que aumentó a partir de grandes oleadas migratorias europeas, sufrió los vaivenes económicos de la época. Se conformaron nuevos barrios en el suburbio y, en consecuencia, aumentó la demanda urbana de productos y servicios, comestibles, vestimenta, muebles, herramientas, entre otros.

Grandes tiendas, pequeños comercios, mercados municipales y privados, ferias francas, puesteros, comerciantes, vendedores ambulantes, fueron algunos de las y los actores y espacios que comprendieron el entramado comercial que abasteció a la ciudad.

El Estado municipal intervino durante todo el período para alcanzar el abaratamiento del costo de vida. Estas acciones estuvieron marcadas por los períodos de crisis económicas, principalmente por la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y por el quiebre de la Bolsa de Wall Street (1929), que encarecieron la alimentación debido a la suba de precios y al empobrecimiento de la población. En esas coyunturas, los gobiernos municipales de turno impulsaron las llamadas *Ferias Francas* que brindaban productos a precios de hasta un 40% más económicos, directos del productor al consumidor. Éstas se ubicaron en las calles principales de cada barrio con puestos que se armaban y desarmaban diariamente y funcionaron de martes a domingos. Los productores llegaban durante la madrugada para montar sus puestos y traían sus carros cargados de frutas, verduras, carnes, carbón, leña, entre otros. Ya entrada la mañana, las mujeres recorrían los puestos con sus bolsas y canastos en busca del mejor precio, con el objetivo de cuidar el presupuesto familiar.

Estos espacios fueron de relevancia para el consumo a precios módicos, arbitrados por el Estado municipal a través de sus funcionarios que realizaban control de precios y de calidad con la reglamentación y la inspección de dichos lugares. Este proceso no estuvo exento de disputas, ya que las estrategias municipales contenían una crítica a los intermediarios o pequeños comerciantes barriales quienes, en su diagnóstico y el del DNT, eran los responsables del encarecimiento. Del mismo modo, ya entrada la década de 1930, los propios vecinos nucleados en asociaciones vecinales realizaban reclamos a la Municipalidad por el traslado de ferias que obstaculizaron el tránsito y arrojaban basura al espacio público.

Así, poner el foco sobre las ferias francas permite pensar en el tema del consumo en Buenos Aires durante las tres primeras décadas del siglo XX, ya que, dada su

importancia para el bienestar de la población, fue objeto de preocupación política. Las crisis causadas por el alza de precios en productos de primera necesidad en coyunturas críticas fueron momentos de intervención y de diseño de estrategias para fomentar el abaratamiento de la vida. Como presentamos, estas prácticas estuvieron permeadas por la urgencia, generando disputas entre los diferentes actores y las necesidades particulares de las y los habitantes.

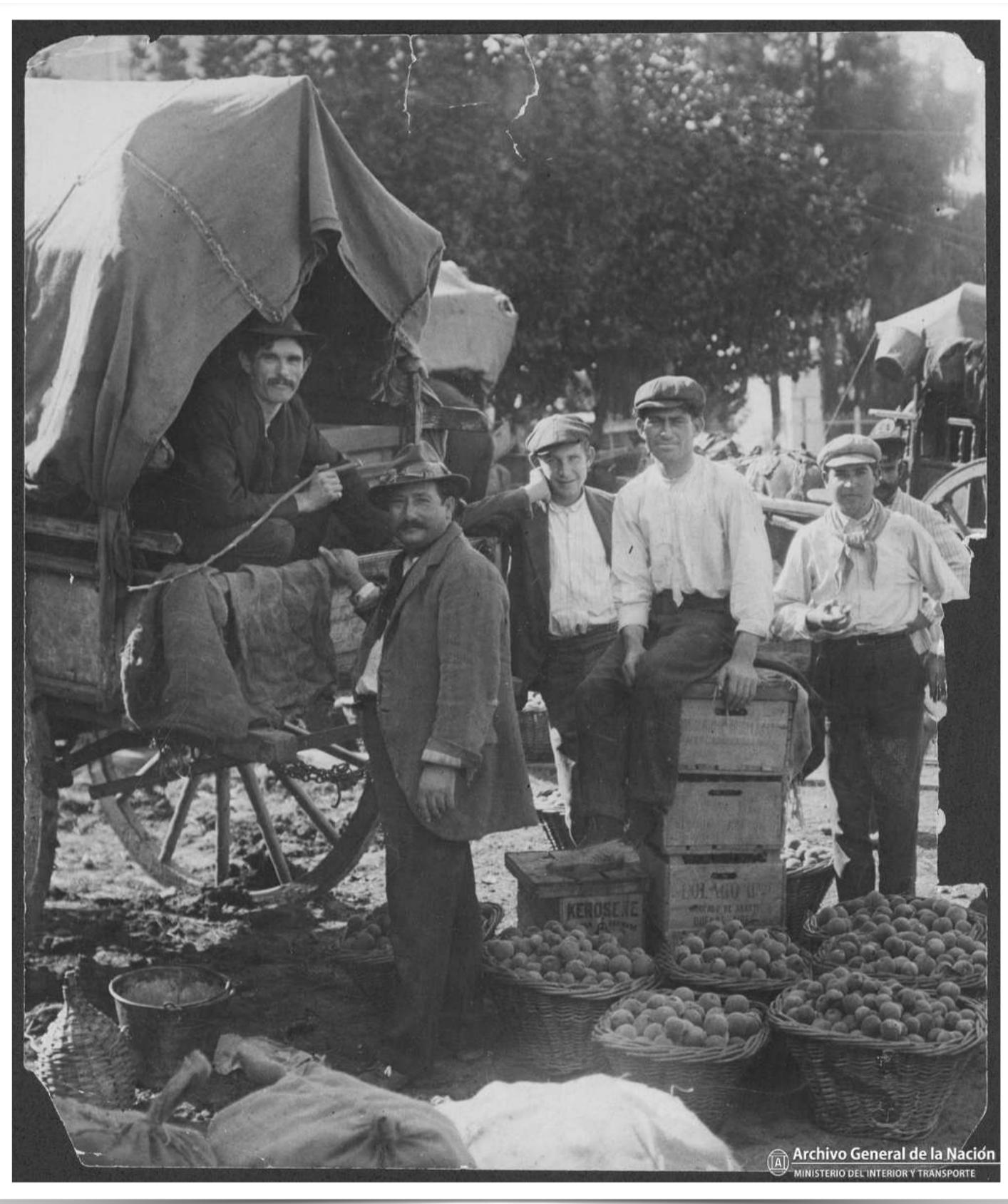


Figura 2: “La explotación de la fruta. Comerciantes al menudeo, que traen a la Capital la única que se consigue a bajo precio: los elegidos de la cosecha”.
1918. Archivo General de la Nación. Archivo Fotográfico, Argentina



Las viudas del ferrocarril (1917-1937)

por César Cruz A.

A inicios del siglo XX, en México, trabajar en la industria ferroviaria implicó una serie de riesgos, los cuales provocaron golpes y lesiones leves, amputaciones de brazos o piernas y, en casos extremos, la muerte. En estas situaciones, de acuerdo con los reglamentos laborales de las compañías ferroviarias, la familia, particularmente las esposas, tenían derecho a reclamar una indemnización económica por el fallecimiento de sus esposos ferrocarrileros. Así, estas mujeres pasaron a ser cabezas y proveedoras de sus familias y hogares.

La presencia de los ferrocarrileros inundó tanto la imaginación y las representaciones culturales como los documentos generados por empresas y organizaciones gremiales y sindicales. A diferencia de ellos, las figuras femeninas en la vida de los rieleros lograron protagonismo sólo a la muerte de sus maridos, hijos o hermanos, cuando empujadas por la necesidad acudieron a diferentes instancias gubernamentales para reclamar lo que consideraban un derecho: ser indemnizadas económicamente por la muerte de sus familiares consecuencia de accidentes laborales.

Ejemplo de lo anterior es el caso de Margarita Godínez viuda de Jaramillo, quien, en 1934, escribió a Lázaro Cárdenas. En su carta detalló la situación por la que atravesaba. En 1925, su esposo, Julio Jaramillo, velador de la estación Golfo, en Monterrey, Nuevo León, había recibido un disparo en el omóplato izquierdo. A raíz del incidente, Julio transitó por distintos hospitales propiedad de la compañía ferroviaria.

En una de esas ocasiones le amputaron el brazo y lo mandaron de regreso a sus actividades, “para que pudiera hacer uso de la mano que le faltaba le pusieron unos ganchitos y unas grapas sujetándole el muñón del morro de la mano”. Margarita señaló que debido a la mala praxis médica y a las complicaciones de salud derivadas de ella, su esposo había fallecido.

Después de relatar al primer mandatario su situación, Margarita solicitó a Cárdenas que se ocupara del asunto y resolviera a su favor la exigencia de indemnización, la cual podía ascender a un total de 468 días de salario. La petición de la viuda estaba guiada por el discurso cardenista en favor del sector obrero. De acuerdo con su interpretación, Cárdenas había “recomendado que se aplique el criterio revolucionario cuando se trate de un caso dudososo de los humildes”. Además, solicitó al presidente un

abogado para que gestionara su demanda en la ciudad de México. Por sus constantes cartas, la viuda de Jaramillo logró que la petición fuera turnada a la oficina del jefe del Departamento del Trabajo. Desafortunadamente, no es posible conocer el desenlace de la controversia entablada por Margarita.

La experiencia de Margarita se inscribe en un conjunto de situaciones en las que las mujeres que habían perdido a sus maridos demandaron el reconocimiento oficial de su condición de viudas y, así, ser amparadas tanto por los reglamentos laborales internos de las compañías ferroviarias como por las nuevas disposiciones jurídicas en materia laboral. También, representan un llamado a la solidaridad de clase, dado que en ocasiones demandaron que las organizaciones gremiales o el sindicato actuaran a su favor dada la militancia que tuvieron sus maridos en vida, aunque no siempre lograron este cometido. Para lograr una sentencia favorable a sus intereses, las viudas enfrentaron diferentes obstáculos: desde las burocracias —tanto de las compañías ferroviarias como del Estado— hasta fraudes por parte de litigantes y representantes de las organizaciones obreras. Durante estas coyunturas, tuvieron que lidiar con sus condiciones materiales, las cuales de acuerdo con su testimonio eran bastante precarias, ya que debieron sostener a sus familias mientras desplegaron acciones para negociar y obtener lo que consideraron un derecho.



“El problema de las criadas”

Las trabajadoras del hogar en la caricatura de la prensa de la ciudad de México a mediados del siglo xx

por Daniela **Lechuga Herrero**

“Gata”, “chacha”, “criadita” o “sirvienta” fueron sólo algunas de las denominaciones que se usaron para nombrar a las trabajadoras del hogar en México a inicios del siglo XX. De manera despectiva, como es evidente, no sólo patrones y patronas, también periodistas, jueces y policías se refirieron a ellas de esta forma cotidianamente. Según la interpretación de quienes tenían una posición superior a ellas, el que fueran en su mayoría pobres, foráneas y mujeres era razón suficiente para no merecer las mismas condiciones laborales que otros trabajadores, para maltratarlas y no pagarles lo justo.

Esa percepción no era una novedad, puesto que históricamente se les había considerado inferiores al no tener calificación, lo que las había dejado en desventaja frente a otro tipo de oficios. Lo cierto es que en el siglo XX sí ocurrieron algunos cambios. En la Constitución de 1917 y la Ley Federal del Trabajo de 1931, las reconocieron como trabajadoras y asentaron ciertos principios que debían seguir los empleadores: horario de 8 horas, salario monetario y en especie, entre otras cuestiones. Evidentemente, esto se acató a discreción de los patrones.

De este tipo de situaciones hicieron eco y participaron en la construcción de representaciones las dos caricaturas que se presentan aquí, aunque con algunos años de diferencia y centrándose en temas independientes. Es pertinente mencionar que estos materiales no expresan fielmente la opinión de todos los capitalinos, sino que, como ocurrió con otro tipo de recursos, muestran la interpretación de los sectores más favorecidos sobre el servicio doméstico, quienes se encontraban entre el público asiduo de ambos periódicos: *El Universal* y *El Nacional*, los cuales tenían una importante circulación en la ciudad de México. Estos dos medios se distinguían por

Imagen 1: Puntada. Fuente: *El Universal*, 16 de enero de 1934.

ser conservadores y dirigirse a un público urbano de clase media y alta.

Entonces, esas representaciones estuvieron apegadas a la visión que pudieron tener los empleadores acerca de sus empleadas. De acuerdo con lo que he visto hasta ahora en las fuentes, los patrones

que aparecieron en las caricaturas fueron hombres. Muy probablemente esto tiene que ver con el hecho de que, aunque las mujeres eran quienes “gobernaban el hogar” y gestionaban la relación con las trabajadoras de manera cotidiana, fueron ellos quienes normalmente representaron a la familia en los juicios en los que acusaron a las trabajadoras, o se defendieron de ellas, y que escalaron a instancias como la Suprema Corte de Justicia. Igualmente, fueron quienes, en tanto *paterfamilias*, quedaron plasmados en las caricaturas.

Asuntos como el reconocimiento del salario mínimo para los trabajadores capitalinos estaba lejos de ser aplicado como un derecho para las trabajadoras del hogar, por lo que, como se puede ver en la imagen 1, resultaba hasta irrisorio que una “criada” pudiera aspirar a tal consideración. Y no sólo eso permite conocer esta caricatura publicada

en el periódico *El Universal* el 16 de enero de 1934, sino que muestra claramente el conflicto de clase que existe entre los dos personajes: el patrón, quien carga un libro y, la trabajadora, una escoba. Aunado a esto, esa visión puede ser un indicio de la presunción de que estas empleadas no tenían capacidades intelectuales y por



eso se dedicaban a este tipo de quehaceres.

Nueva Criada

Cartón de Salvador PRUNEDA



—Me parece que tiene usted poca experiencia.
—¿Poca experiencia...? ¡Sólo en el mes pasado he servido en ocho casas.

Imagen 2: *Nueva criada*. Fuente: *El Nacional*, 29 de junio de 1958.

Algunos patrones también expresaron sentir molestia y preocupación por no encontrar quien atendiera sus casas o que se quedara por largo tiempo a su servicio. De esta angustia se hizo eco no sólo en la segunda caricatura, sino que fue parte de algunas editoriales en los periódicos. Como se ve en la imagen publicada en *El Nacional* el 19 de junio de 1928, en un tono coloquial, el patrón apeló a la falta de experiencia de la mujer, a lo que ella respondió, de manera picaresca, que su experiencia era resultado de que había trabajado en ocho casas. Como se podría esperar, no hubo reflexión para

entender por qué las trabajadoras abandonaban frecuentemente su espacio de trabajo.

A pesar de las diferencias temporales y temáticas de ambas caricaturas, coinciden en el imaginario que se conformó acerca de estas empleadas, el cual apuntó a menospreciarlas y mostrarlas como mujeres sin preparación, pero con cierta capacidad de negociación. Más allá de si eso fue verdadero, es interesante visualizar que los prejuicios acerca de estas mujeres no sólo se plasmaron en los periódicos, sino que seguramente formaron parte de la vida cotidiana y que, lamentablemente, perduran hasta hoy en día.



La Comunidad Musulmana Ahmadía: orígenes y evolución

por Carlos Ariel **Díaz Abad**

En el siglo XIX, mientras el Imperio Británico afianzaba su dominio en el subcontinente indio, la región histórica del Punjab se convertía en un hervidero religioso. Allí convivían musulmanes, hindúes y sijs, con una activa y creciente presencia de misioneros cristianos, en un contexto de profundas transformaciones sociales, políticas y económicas. Fue en ese escenario donde nació el reformador musulmán Mirza Ghulam Ahmad (1835-1908).

A sus 40 años, Ahmad afirmó recibir revelaciones divinas y, en 1889 proclamó ser el Mesías Prometido, no solo de los musulmanes, sino también de todas las grandes religiones del mundo. Su mensaje central era que el islam debía reformarse para volver a sus raíces auténticas: rechazaba la yihad armada, reconocía la autoridad británica en la India, la separación Mezquita/Estado, y defendía un islam espiritual, tolerante y abierto al diálogo con la modernidad. Nacía así la ahmadía, como movimiento islámico.

En su singular teología, Jesús no murió en la cruz, sino que sobrevivió, viajó al este en busca de las tribus perdidas de Israel y murió a los 120 años en Cachemira. La ahmadía adoptó estrategias del cristianismo misionero -publicaciones, debates y campañas- y convirtió el proselitismo en su principal seña de identidad.

Luego, los tintes mesiánicos de este movimiento no solo reflejaban que se vivía una época de cambio, sino un cambio de época. El movimiento ahmadía era, por una parte, conveniente para la administración británica, pues reconocía como legítimo el colonialismo en el subcontinente y, por la otra, el movimiento ganaba el respaldo del poder imperante en la India, para convertirse en la interpretación predominante del islam, en un contexto de creciente competencia interreligiosa.

A la muerte de Ahmad, en 1908, sus seguidores instituyeron un califato (con potestad administrativa, moral y espiritual) que dirige hasta hoy día a la Comunidad Musulmana Ahmadía. En el presente, la ahmadía tiene su sede central en Inglaterra y va por el quinto califa.

Las creencias particulares de la ahmadía, le han valido un amplio rechazo por parte de las autoridades religiosas de las otras ramas islámicas. Este rechazo, se ha traducido

como ‘excomunión’ del mundo islámico, prohibición de visitar La Meca, y hasta persecución religiosa, quema de mezquitas y asesinato, en países como Pakistán. Pese a los obstáculos, el celo misionero de este movimiento, le ha llevado a tener presencia en al menos 200 países, millones de seguidores y miles de mezquitas, escuelas y hospitales en todo el mundo. La ahmadía cuenta con su propia televisora internacional (MTA), con canales que transmiten 24 horas, incluyendo el sermón califal de cada viernes, día sagrado del islam.

Así mismo, el movimiento cuenta con un brazo humanitario, la ONG *Humanity First*, que canaliza anualmente millones de dólares en asistencia social, reparto alimenticio, apoyo educativo y campañas médicas en zonas desfavorecidas de todo el orbe.

En México, por cierto, donde la Comunidad se estableció en años recientes (2014-2015), existen ya cuatro sedes en distintas ciudades (Mérida, San Cristóbal de las Casas, Ciudad de México y Santiago de Querétaro), integradas mayoritariamente por conversos mexicanos, demostrando así la vitalidad de un movimiento transnacional que, hace más de un siglo, desbordó con creces las fronteras primigenias de su ‘natal’ Punjab.



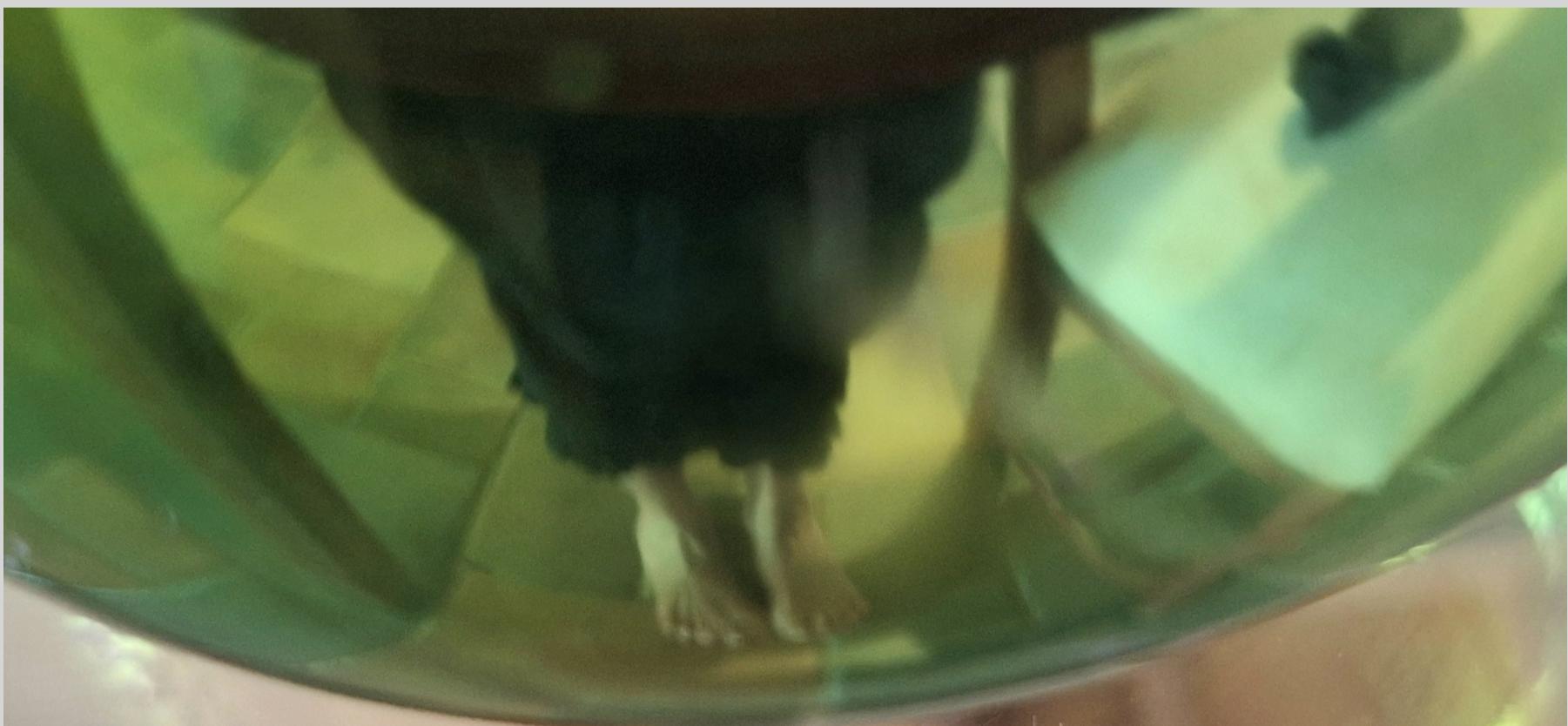


Autorretrato 1

Luz María Zárate, DR©

Fotografía
Oaxaca, 2025

Autorretrato 2



Develar

Arturo Souto, DR©

Tinta y acuarelas sobre papel, s.f.





Políticos de impronta: Perfiles del México en el siglo XIX

**Sección especial
Coordina: Alicia Salmerón**

Mariano Arista: militar controvertido, presidente solitario, hombre ilustre

por Edwin Alcántara

Soldado realista desde su adolescencia, después trigarante, santannista, centralista y al final presidente liberal moderado, Mariano Arista (1802-1855) fue, ante todo, una figura controvertida no sólo por sus cambios de bandera política, sino por los marcados contrastes y paradojas de su actuación pública. Siguió a Antonio López de Santa Anna en sus rebeliones: la de Casa Mata en 1823 contra el imperio de Iturbide y la del Plan de Perote en 1828 para apoyar la presidencia de Vicente Guerrero.



Pero poco después se unió a los rebeldes que en 1833 se pronunciaron en defensa de la religión y el fuero militar frente a la primera tentativa reformista de Valentín Gómez Farías –revuelta, por cierto, en que arrestó al presidente Santa Anna, quien luego lo derrotó y envió al exilio en Estados Unidos. Las circunstancias lo llevaron de nuevo al lado de Santa Anna al combatir la invasión francesa de 1838 en Veracruz, tras un ficticio intento de reconciliarse con él, para luego ser confundido con éste y caer prisionero en un barco enemigo.

Arista vivió un momento glorioso al ser nombrado comandante del Ejército del Norte en 1840, tras derrotar las rebeliones federalistas de los generales Urrea, Canales y Mejía en Tamaulipas y Nuevo León. En Monterrey era recibido como héroe protector, fue apodado “El Tigre”; en sus proclamas se jactaba de ser defensor del centralismo y tenía como secretario particular a un joven funcionario aduanal y escritor llamado Manuel Payno. Pero ese mismo año, so pretexto de obtener recursos para continuar la guerra para recuperar Texas, consiguió un permiso del ministro de Guerra, Juan N. Almonte, para permitir la importación de hilaza de algodón inglesa prohibida –por cierto ya contratada con los empresarios Cayetano Rubio y Guillermo Drusina–, lo que ocasionó escandalosas protestas de los productores textiles mexicanos encabezados por Lucas Alamán, en un conflicto que fue resuelto por el gobierno a favor de Arista, y que le trajo una larga enemistad con el dirigente conservador.

Un estigma que marcó el historial de Arista fueron las derrotas que sufrió al comandar las desastrosas batallas de Palo Alto y Resaca de Guerrero en mayo de 1846, al inicio de la guerra con Estados Unidos, tras lo cual se le acusó de favorecer al ejército enemigo, se le siguió un juicio en el tribunal militar y fue exonerado pese a los graves cargos. Por ello resultó una ironía que fuera nombrado ministro de Guerra en 1848 por el presidente José Joaquín de Herrera y, más aún, que sus reformas militares –licenciar oficiales, reclutamiento voluntario, abolición de levas, aumento de salarios, educación física y moral–, junto con su relativa eficacia para contener las constantes rebeliones en el país, le valieron ser considerado el “hombre fuerte” del gabinete, además de servirle para mantener a raya a los santannistas y fortalecer su posición e imagen pública de cara la sucesión presidencial.

Si bien la contienda presidencial de 1850 en la que fue electo presidente ha sido calificada como la más pacífica y legal que se había realizado en México, vista de cerca, se trató en realidad de un competido proceso con una clase política muy escindida. Se acusó a Arista de usar recursos de su ministerio para pagar periódicos, utilizar espías, gobernadores y militares para inducir o comprar el voto a su favor. Como en un baile de máscaras, en esa elección hubo múltiples cambios de bando en todos los partidos que Arista supo aprovechar para lograr el apoyo de moderados y puros y triunfar sobre su más fuerte rival, Juan N. Almonte.

Esa profunda fragmentación política también desestabilizó la presidencia de Arista (1851-1853), pues las mismas facciones liberales que lo apoyaron, junto a los resentidos conservadores y santannistas, atrincherados en el Congreso, obstruyeron medidas hacendarias emergentes, autorizaciones para contraer deuda pública y, sobre todo, le negaron facultades extraordinarias para gobernar, además de que los escándalos de sus amoríos, como ha sugerido el historiador Michael Costeloe, fueron usados por sus opositores políticos y las élites sociales y económicas le retiraron su apoyo, por lo que se convirtió en un presidente solitario. En medio de la crisis de la revolución que pedía el regreso de Santa Anna –su némesis– y que lo llevaría a su renuncia y exilio europeo en 1853, sus allegados lo instaron a dar un golpe de Estado: “Señor, más vale ahogarse en un lago de sangre que en un charco de inmundicia”, le aconsejó su ministro de Hacienda, Guillermo Prieto, a lo cual Arista se opuso con firmeza.

Quizá su resistencia a ejercer una dictadura, además de la reducción de gastos públicos, la rendición de cuentas, algunas obras públicas significativas y la fama que Prieto le creó en sus memorias como un presidente amante del trabajo, honrado y respetuoso de la ley, lograron redimir a Arista tras su muerte en Lisboa, en 1855, para que fuera declarado Benemérito de la Patria en 1856, que sus restos regresaran a México en 1881 y fueran puestos en la entonces Rotonda de los Hombres Ilustres. Pero los hechos y contrastes de su trayectoria militar y su presidencia, aún esperan un amplio estudio biográfico y un balance que busque poner todo en una dimensión más justa.



Benito Juárez: la construcción histórica de un símbolo nacional

por Tatiana Pérez Ramírez



Benito Juárez García nació en 1806 en San Pablo Guelatao, Ixtlán, Oaxaca. De origen zapoteca y humilde, su vida representa una de las trayectorias más notables de la historia política mexicana. Desde temprana edad quedó huérfano y dejó su pueblo para seguir estudiando en la ciudad de Oaxaca. Abandonó la teología para ingresar al Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, donde se formó como abogado.

Su carrera política comenzó en su estado natal. En 1847, durante la invasión estadounidense, fue nombrado gobernador interino de Oaxaca. Desde ese momento, impulsó reformas de corte liberal en una entidad con una mayoritaria población indígena. Esta experiencia fue clave para su

posterior ascenso en la política nacional. En la Ciudad de México, Juárez ocupó la presidencia de la Suprema Corte de Justicia y se integró a la llamada

“generación del 57”, que promovió el proyecto republicano y liberal plasmado en la Constitución de ese año.

Juárez es recordado como un político y estadista que gobernó el país durante 14 años, más de la mitad de ellos en medio de conflictos armados. Primero, durante la Guerra de Reforma (1858-1861), y después, frente a la Intervención Francesa (1862-1867), que dio lugar al Segundo Imperio Mexicano encabezado por Maximiliano de Habsburgo. En un escenario dominado por caudillos militares, Juárez destacó como un civil que logró imponerse en la presidencia. Algunas decisiones tomadas como el fusilamiento de Maximiliano, junto con los generales Miramón y Mejía, en 1867, mostraron su firmeza de carácter.

En América Latina se le reconoció como defensor de la soberanía y la legalidad republicana. El Congreso de República Dominicana lo declaró “Benemérito de las Américas” el 11 de mayo de 1867. De esta forma, su prestigio fue reconocido internacionalmente.

Después de la victoria sobre el Imperio, Juárez continuó en el poder durante el periodo conocido como la República Restaurada. Gobernó en un contexto de inestabilidad, escasez de recursos y necesidad de reconstrucción nacional. Sus detractores lo acusaron de concentrar el poder y perpetuarse en la presidencia. Su muerte repentina en 1872, a causa de un problema cardíaco, marcó el inicio de su transformación en mito. Desde entonces, su figura ha sido retomada en distintos momentos históricos como parte de las estrategias de legitimación política del grupo gobernante en turno.

En el Porfiriato se erigió la figura del héroe de la Reforma y el fundador de la nación. En 1906 se celebraron grandes actos conmemorativos por el centenario de su natalicio. Su imagen sobrevivió a la Revolución Mexicana y fue reinterpretada como símbolo indígena, especialmente en la gráfica y plástica nacionalistas.

Benito Juárez ocupa un lugar relevante en el panteón cívico de los héroes de la patria. A lo largo de los siglos XIX y XX, se le han dedicado emblemáticos monumentos y numerosas calles; innumerables plazas y escuelas se nombran en su honor. La sierra oaxaqueña que lo vio nacer lleva su nombre, y su memoria

sigue siendo un factor de cohesión social e identidad cultural que se celebra y recrea cada aniversario del 21 de marzo; así como se hace en otras partes del país.

Hoy en día, la leyenda del “pastorcito zapoteco” que llegó a ser presidente de la república sigue vigente. En el siglo XX, su legado ha sido resignificado en clave contemporánea: como emblema de los desposeídos, la reivindicación indígena, la legalidad republicana y la secularización del Estado. En la actualidad, su figura ha sido retomada por el gobierno y el movimiento de la Cuarta Transformación. En ese marco discursivo se exaltan los valores juaristas de austeridad, legalidad, defensa del pueblo, defensa de la soberanía nacional y orgullo por la pluralidad étnica del país.

La figura de Benito Juárez es un claro ejemplo de cómo un personaje histórico puede persistir en el imaginario y en la memoria colectiva a través del tiempo. No obstante, conviene agregar, la vigencia de su legado no es sólo una construcción desde el poder, sino también es resultado de la apropiación popular. Juárez se inserta en el marco simbólico compartido entre gobernantes y gobernados, una figura clave en la construcción de la hegemonía del Estado mexicano.



Juan N. Méndez: desde Tetela a la presidencia de la república

por Israel Arroyo

Juan N. Méndez no es una figura tan conocida como Santos de Degollado, Manuel Doblado o Benito Juárez; pero también llegó a ocupar la presidencia interina de la república en 1876. Tan sólo por este hecho vale la pena resaltar su importancia en el siglo XIX mexicano. Vale preguntarse también ¿cómo un maestro y comerciante rural de Tetela de Ocampo –municipio ubicado en la Sierra Norte de Puebla– pudo ocupar la máxima magistratura de la república? Y de pasada cuestionarse ¿si este trayecto fue una situación excepcional o fue la manera en que se tenía “éxito” para construir una carrera política en el siglo decimonónico?

A mi parecer, tres itinerarios de Méndez explican su presencia política: su trayecto de cargos públicos, su recorrido militar y su tenacidad como líder opositora frente a los gobiernos locales de Puebla y los nacionales como el de Juárez y Lerdo.

Los cargos públicos fueron desde lo local hasta lo estatal y nacional. Fue auxiliar en un juzgado de paz, tres veces miembro del ayuntamiento constitucional de Tetela en la década de 1840 y subprefecto político en 1855. A nivel estatal, tesorero general en 1856 y diputado de los constituyentes locales de 1857 y 1861. Luego sería gobernador interino y secretario de Gobierno en 1867, así como senador de la república en 1877 y gobernador constitucional en 1880. En cuanto al ámbito nacional, fue presidente de la república interino por dos meses y medio, al triunfo del levantamiento de Tuxtepec. Y finalmente, presidente de la Suprema Corte militar desde 1885 hasta su muerte física en 1894.

El recorrido militar de Méndez no fue nada extraordinario. Se alistó como miliciano en la guerra contra Estados Unidos en 1846-1847. Participó en la

Revolución de Ayutla y en contra del golpe de Estado de Comonfort en diciembre de 1857. Y en la Guerra de Reforma tuvo un papel relevante, al apoyar al gobierno constitucional de Juárez en Veracruz. En la Intervención francesa, apoyó con su persona y sus milicianos en la batalla del 5 de mayo de 1862 –sufrió graves heridas en la batalla– y en el sitio de Puebla de 1863. Luchó, de forma intermitente, contra las fuerzas de Maximiliano antes de su definitiva derrota en 1867. Resalta su influjo en la ofensiva de Tecoaac, junto a la jefatura de Porfirio Díaz.

Su liderazgo como líder opositor llegó a su clímax en 1867. Se negó a publicar, por inconstitucional, el plebiscito juarista de 1867 y apuntaló la candidatura a la presidencia de la república de Díaz frente a Juárez. Su osada medida –sólo él y el gobernador de Guanajuato León Guzmán se opusieron a tal medida– le costó la remoción de la gubernatura interina sugerida por Lerdo y ratificada por Juárez. A pesar de ello, su red estatal era tan amplia que en la elección constitucional de 1867 por la gubernatura de Puebla le ganó, vía el voto directo y popular, al contendiente apoyado por Juárez. Mediante argucias legislativas no le reconocieron la victoria. Méndez y sus partidarios en el Congreso pactaron una nueva elección en 1868. Otra vez el voto popular le favoreció a Méndez. En la calificación de la elección, descarrilaron su triunfo electoral –aquí el proceso fue legal, pero “poco legítimo”– y el Congreso local nombró a un partidario de Juárez.

La vía opositora de Méndez continuaría ligada a Díaz en la década de 1870; aunque ahora en su formato más radical: el Plan de la Noria (finales de 1871) y la rebelión de Tuxtepec (inicios de 1876), ambos levantamientos encabezados por Díaz y con el recurso de la vía armada y la sumatoria de diversos poderes regionales. La Noria fue un movimiento derrotado. El de Tuxtepec, reformado en Palo Blanco, terminó como una rebelión triunfante en contra del recién gobierno “constitucional” de Lerdo. El Plan reformado de Palo Blanco preveía un gobierno interino de la presidencia de la república en lo que se convocabía a la elección constitucional permanente. Díaz designó a Méndez como el ejecutivo interino para encabezar la transición. Fue un reconocimiento a su probado aliado de

viejas batallas desde 1867 hasta 1876. No había posibilidad de deslealtad alguna.

Quiero terminar el texto con dos enseñanzas del breve recorrido de Méndez. La primera tiene que ver con la relación entre lo militar y los cargos civiles para forjar una carrera política. Personajes como Méndez –creo que una buena parte de los liderazgos decimonónicos siguieron este símil– no escalaron en lo político solamente por su trayectoria militar (quizá perfiles civiles como Juárez o Lerdo sean una excepción del siglo XIX mexicano). Sin un largo recorrido –que muchas veces comenzaba en lo local– de puestos electos o designados no podría entenderse su ascenso político. La segunda enseñanza es que los liderazgos regionales como el de Méndez partían de una red política y social propia. La fuerza o debilidad de levantamientos como la Noria y Tuxtepec no sólo se debía al poderío de personalidades “nacionales” como la de Díaz. Su vigor venía, precisamente, de las alianzas o vínculos con las redes políticas y militares locales. Lo inverso también es cierto. Los poderes regionales se empoderaban o reactivaban con el respaldo nacional.



Rosendo Pineda, en los entresijos del poder porfirista

por Alicia Salmerón

Rosendo Pineda, personaje considerado por el historiador Daniel Cosío Villegas como “uno de los mejores animales políticos que se han dado en México”, fue un joven abogado de Oaxaca - juchiteco-, llegado a la ciudad de México en 1880, como diputado federal recién electo por su estado natal. Su pericia política fue pronto identificada por Manuel Romero Rubio, viejo zorro experimentado en las lides del poder, colocado al frente de la Secretaría de Gobernación por Porfirio Díaz en 1884. Romero Rubio incorporó a Pineda a su equipo y lo



nombró su secretario particular. Una década al lado del titular de un ministerio estratégico, responsable de la política interior del país, introdujo a Pineda en las redes del poder público nacional. Tras la muerte de Romero Rubio, en 1895, el juchiteco fue marginado de los cargos asociados directamente al poder ejecutivo federal, pero conservó su lugar en la Cámara de Diputados y se mantuvo como una de las figuras más sagaces y astutas del poder legislativo de la Unión. Desde ahí continuó moviéndose con destreza en los entresijos del poder.

En su quehacer político, Rosendo Pineda supo aprovechar con habilidad las redes derivadas del aparato de gobierno, aquellas que revelan la fuerza que se puede obtener de la organización del Estado como fuente de poder en sí misma. Desde su posición en la estructura formal del gobierno general, cultivó numerosas relaciones impersonales que desaparecieron al dejar el cargo de secretario particular de Romero Rubio, pero supo convertir algunas de ellas en amistades políticas cercanas y tejer nuevas desde su lugar en la Cámara de Diputados, así como en el ejercicio privado de la abogacía. Esas redes, sumadas a las procedentes de su infancia y juventud en Oaxaca, perduraron y pasaron a formar parte de una fuerza política propia. Así, aunque mantuvo siempre una posición relativamente discreta dentro del aparato de gobierno, en el día a día se destacó como el operador político más hábil del partido que sería conocido como los “científicos”, con el que se identificaron también personajes como José Yves Limantour, Justo Sierra, Francisco Bulnes, Joaquín Casasús y los hermanos Pablo y Miguel Macedo.

Las relaciones personales que le dieron a Pineda un notable poder de intervención política tuvieron un origen diverso. Además de los vínculos derivados de los cargos públicos, de la cercanía con Romero Rubio y de la comunidad ideológica con “los científicos”, las redes de Pineda incluyeron lazos de parentesco y de paisanaje, dependencia y amistad, afinidades generacionales y de educación, y finalmente, de intereses económicos. Destacan, por ejemplo, los lazos del personaje conservados de su infancia en Juchitán, una comunidad de tradición indígena. Nacido en 1855, hijo de una india zapoteca emparentada con el jefe político del lugar y apadrinado por un hombre prominente de la región –Alejandro De Gyves–, Pineda dejó su pueblo a los 12 años para no regresar. Sin embargo, nunca perdió los vínculos estrechos con su gente. Con el apoyo de la familia y los paisanos, ingresó al Instituto de Ciencias y Artes, en la capital de Oaxaca, la escuela a la que concurrían los hijos de las élites de Oaxaca y Chiapas. Ahí forjó fuertes lazos de amistad y asociación política con condiscípulos como Emilio y Rafael Pimentel, Ramón y Emilio Rabasa, Rafael Reyes Spíndola y Fausto Moguel, quienes destacarían años más tarde en la vida

pública regional y nacional. A ellos sumaría más adelante los vínculos establecidos en el ejercicio privado de su profesión, ya en la ciudad de México, como diligente abogado de empresarios nacionales y extranjeros. De este conjunto de lazos resultó una red personal muy compleja y rica por sus posibilidades de acción.

Sobre la base de esta impresionante red construida a lo largo de muchos años, Rosendo Pineda ejerció una influencia significativa en el Congreso. Pero su capacidad de maniobra e intervención política a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX mexicano fue mucho más lejos: logró incidir de manera directa en la política de Oaxaca y Chiapas, y de manera más indirecta en estados del centro y norte del país; construyó candidaturas y movilizó votaciones a su favor –tuvo participación destacada en las campañas por las reelecciones presidenciales del propio Porfirio Díaz, así como en las de elección de Ramón Corral como vicepresidente–; se erigió en el artífice oculto de beligerantes campañas de prensa, y fue el principal operador político tras la organización de las convenciones del Partido Liberal de 1892 y 1903. Con la caída del régimen en 1911, abandonó el país, pero incluso desde el exilio no dejó de tramar y maquinar, siempre con la esperanza del regreso. Pudo volver al país tras el golpe que derrocó al presidente Francisco I. Madero, en 1913; murió, políticamente aislado, al año siguiente.



Lineamientos y envíos de propuestas

Colaboraciones escritas

- Textos con una extensión de entre 3500 y 3800 caracteres, máximo (con todo y espacios)
- Formato word (no se aceptarán pdf u otros formatos)
- Lenguaje accesible, no especializado
- Sin aparato crítico. (salvo casos de excepción que lo requieran)
- Se pueden anexar hasta dos soportes visuales: imágenes, gráficas, etc., (en formato jpg) **que deben ser libres de derecho** y estar acompañados de los créditos correspondientes. Es necesario enviar el material visual en archivos independientes (no insertos en Word)
- Que sean textos inéditos. Excepcionalmente se aceptarán extractos de artículos más amplios, pero será necesario incluir la referencia de la publicación original.
- Sugerir sección del menú y categoría donde inscribir el texto (aunque su inclusión final la determinarán los editores)
- Encabezado con lo siguientes datos en el orden señalado:
 - a. Título de la colaboración encabezando el texto (de 50 caracteres como máximo)
 - b. Nombre del /de la autor/a
 - c. Institución de procedencia (si la tiene) o estudios en curso e institución de los mismos
 - d. Correo electrónico del/de la autor/a
 - e. Otras redes sociales (twitter o facebook. Opcional)

Colaboraciones visuales

Esta sección está dirigida a creadoras y creadores que se dediquen a las artes visuales.

- Obra en archivo en formato de imagen (jpg, png o tiff) con marca de agua que contenga la leyenda de DR ©
- Ficha técnica (archivo en formato word) que contenga (1) Título de la obra, (2) Nombre del autor/a, (3) Técnica y soporte, (4) Fecha y (5) Lugar. Favor de descargar el formato adjunto y enviarlo con la obra.

Procedimiento

Todas las propuestas serán evaluadas y, una vez aprobadas, se publicaran en el blog.

Dirección de envío de propuestas:
atarraya3@gmail.com

Ligularia

Fernando I. Salmerón Castro, DR©

Fotografía digital, Parte de la colección *Flores*

Northampton, MA, EU, Agosto de 2025

